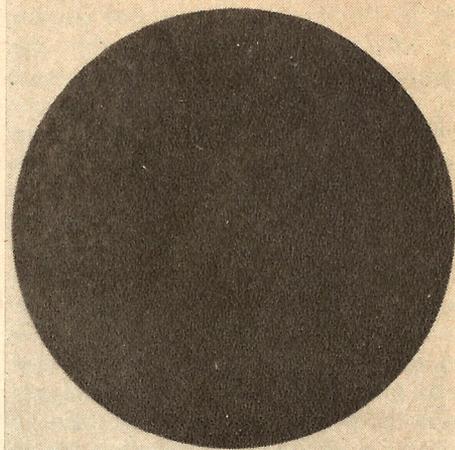


Daniel Cosío Villegas
El estilo personal de gobernar



Cuadernos de Joaquín Mortiz

Gabriel Zaid

Anacrónico y hasta impertinente

Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*. Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, primera edición (6 000 ejemplares), agosto; segunda (12 000) septiembre; tercera (12 000) octubre; cuarta (20 000) octubre; quinta (20 000) diciembre de 1974.

Mérito grande de Luis Echeverría ha sido el clima de libertades que hoy prevalece en México. Hay robos de ánforas electorales, golpes a quienes tratan de formar un nuevo partido, manifestaciones prohibidas, censura en la televisión, el cine y el teatro, libelos contra escritores independientes, insultos de las autoridades contra los disidentes cuyas opiniones llegan a las primeras planas de los diarios o a la televisión. Pero se puede reconocer todo lo anterior sin esperar ninguna represalia. Basta con tener la prudencia de hacerlo en medios de público restringido: libros, revistas literarias, partes menos leídas de los diarios, y desde luego en casa. Lo cual es algo, y vale mucho. Sirve para no volverse locos. Para conservar cierto sentido de la realidad, en medio de la esquizofrenia oficial. Para sentirse acompañados, viendo que otros ven las mismas cosas que supuestamente no existen.

Pero, ¿se debe a Luis Echeverría? Si todo lo bueno que sucede en México se debe al presidente en turno, y no a los mexicanos, el turno para el caso fue el de Gustavo Díaz Ordaz. En su sexenio, un sector de la clase media tuvo la audacia de manifestar que eran falsas

muchas verdades oficiales. ¿Se debe, entonces, a Gustavo Díaz Ordaz la eclosión del clima de libertades que hoy prevalece en México? Algún mérito han tenido cientos de miles de mexicanos. Algo se debe a ese factor extraño que, según los que saben, sólo puede ser reflejo o efecto sobreestructural, no causa, de cambios en la historia: la conciencia moral.

¿Qué necesidad tenía Daniel Cosío Villegas de complicarse la vida en 1968, con aquellos artículos que empezó a publicar en *Excélsior*? No le faltaban razones para excusarse: la culminación de una obra magna en la historiografía mexicana, su edad, la posibilidad de retirarse a los honores merecidísimos de una vida fructífera y patriótica. Los riesgos eran grandes: la represión de arriba, a la izquierda el ridículo. Y lo más difícil de todo: el lastre colectivo, ancestral, del ¿para qué? Salir con críticas "liberales" a esas horas, no sólo requería valor civil frente al poder y frente a la onda: parecía la cosa más inútil del mundo.

Afortunadamente, don Daniel, como otros mexicanos, se dejó mover por su conciencia. En su caso particular, siendo historiador, vio clara la verdad de Santayana: quienes desconocen la historia, se condenan a repetirla. Tener conciencia histórica lleva a ser anacrónico y hasta impertinente. En medio de las matazones, de las clarinadas al orden y a la insurrección general, ahí tenían ustedes al viejo de la tribu, creándonos la memoria de historias que no vivimos, viejas

historias de liberales y conservadores, que resultaban una revelación. Porfirio Díaz, el liberal conservador el revolucionario institucional, servía para extender la *pax priista* y para hacer innecesaria la vuelta a 1910.

Ahora puede verse: la apertura democrática de la clase media en 1968, fue una oportunidad para las "armas" de la crítica, no para la "crítica" de las armas (como dijo algún irresponsable). Lo supo ver Luis Echeverría, que, contra viento y marea, tuvo la inteligencia de sacar adelante al sistema político mexicano, embarcándolo a través de la tormenta de una esquizofrenia más audaz todavía: la autocrítica. Este ha sido el sexenio en que las autoridades critican más aquello de lo cual son responsables que la gente que lo padece. Para hacer más bonita la inversión de papeles, sólo ha faltado que se lancen a la calle para exigir la destitución del pueblo mexicano, y su reemplazo por otro, libremente elegido por las autoridades. Desgraciadamente, las autoridades tienen los pueblos que se merecen.

En medio de esta esquizofrenia, leer palabras que iluminan la realidad en que vivimos, por ejemplo, a través de este mismo uso de la palabra esquizofrenia, que debemos a Cosío Villegas, nos ayuda, nos acompaña, aunque no remedie nada. Pero ver, comprender, entender, ¿no es ya un remedio en sí mismo, al menos contra la esquizofrenia? Esta virtud curativa puede ser la explicación de que *El estilo personal de gobernar* se haya vuelto un *best seller* comparable a *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska. Gente nada sentimental ha llorado leyendo este libro, como otra gente, nada sarcástica, se ha reído leyendo a

don Daniel. Quizá porque estos libros son espejos nacionales, fascinantes y crueles espejos de nosotros mismos, ante los cuales no podemos engañarnos, preguntando cuál es la democracia más bonita del mundo. La verdad medicinal, que el arte de estos libros nos impide rehuir, es que nuestra democracia es de dar risa o de ponerse a llorar.

Para esta clase de verdades, no hay un lugar mejor que la literatura. La política y hasta las ciencias sociales se prestan más a las verdades esquizofrénicas, inoperantes fuera de sus propias convenciones. Por eso tienen muchas veces algo de cómico o de trágico: se mueven en la realidad como si anduvieran en otra parte. Más aún en México, donde sólo se considera político aquello que conduce a un respetable poder sobre dineros colectivos y sólo se considera científico lo trillado por respetables sabios extranjeros. (Y donde lo mejor de ambos mundos se consume en el sueño tecnocrático neoporfiriano de llegar, gracias a respetables estudios con temas o métodos trillados en el extranjero, a un respetable poder sobre dineros colectivos para hacer favores, dar empleo, hacerse del equivalente de un ejército propio pagado por el erario público: un buen "equipo" técnico, que imponga una línea valiosa para México, y que suba, Dios mediante, hasta donde la Patria lo requiera.)

En este sentido, *El estilo personal de gobernar*, no es, ni pretende ser, político ni científico. Es un ensayo literario de tema histórico político: una reflexión personal, inteligente y bien escrita sobre el estilo presidencial del actual ocupante del trono sexenal. Es la segunda parte (más que buena) de una trilogía iniciada por *El sistema político mexicano*, que continuará con un libro sobre el "tapadismo", y ojalá que con otros. Que una persona respetada hable claro sobre nuestra vida política, no sucede todos los días.

Como ensayo literario, *El estilo personal de gobernar* tiene una virtud suprema: se lee de un tirón. Tanto así, que hay lectores apresurados, superficiales o que a las dos de la mañana no podían soltar el libro ni resistir el sueño, que tienden a creer que el libro, y no su lectura, pudiera mejorar en seriedad. Hay gente que supone que un escrito apetitoso no puede ser serio. Que todo lo que gusta engorda, está prohibido, hace daño o no es profundo. (O como dice maravillosamente un catálogo de publicaciones de El Colegio de México, para justificar la excelente revista *Diálogos* frente a revistas monográficas, supuestamente más serias: una revista literaria, después de todo, tiene cierta digni-

dad académica, es una "revista de divulgación"!) Pero basta releer atentamente, por ejemplo: el extraordinario capítulo sobre la reforma política, para ver que el autor tiene una información y perspicacia poco comunes sobre los hechos históricos y políticos, los ordenamientos legales, las cifras electorales; y que su análisis de la presunta reforma política de Luis Echeverría es de una seriedad fundamental. Que la reforma no corresponda al propósito declarado por el presidente de "renovar, en profundidad, cuanto detenga el advenimiento de una sociedad más democrática" sólo demuestra que la falta de seriedad está en la reforma. (O en la declaración: ¿no dice, más bien, contra lo que parece, que ahora el advenimiento de una sociedad más democrática se detendrá con métodos profundamente renovados?).

Igual sucede con la parte más cómica del libro: la que se refiere a la política exterior. La comicidad no está en las burlas de Cosío Villegas, que por lo general se limita a la reticencia: está en la mismísima realidad que esa reticencia deja hablar. Que en el trajín de la vida diaria veamos y escuchemos la vida política con la misma "doble" con que vemos y escuchamos los anuncios comerciales, descontando de antemano su irrealdad, es un buen mecanismo de defensa para no volvernos locos, pero es un mecanismo esquizofrénico, que nos hace funcionar dividiéndonos, no integrándonos. La integridad saludable frente a muchas cosas que hacen o dicen nuestros políticos sería la carcajada, la indignación. Pero, por razones prácticas, acaba dominando el desprecio, y luego la indiferencia.

Se ha comentado repetidamente que el análisis de Cosío Villegas pierde fuerza por meterse en minucias, sobre todo de

lenguaje. Esto olvida que el libro, como su nombre lo indica, es un ensayo de análisis de estilo, no una monografía científica, ni una tentativa política, ni un ataque personal, aunque esto les parezca a algunos lectores. Lo cual resulta significativo: que la gente vea falta de respecto a la persona del presidente y exceso de respeto al lenguaje, confirma la enfermedad que señala este libro: el respeto extremo a la personalidad y los gustos del presidente en turno (más que a las instituciones) y la falta de respeto a la palabra.

Nuestro problema no es Luis Echeverría: somos nosotros mismos, que lo esperamos todo de cualquier trepador de pirámides que por azares monárquicos llega al trono sexenal. Es cierto que el sistema es poderosísimo y que no admite oposición (ni leal, ni desleal, ni armada, ni de palabra) más allá de reducidos de mínimo poder. Pero no hay ninguna razón para despreciar esos reducidos de acción independiente y adorar las pirámides que culminan en la presidencia, como si de veras todo en este país se debiera al presidente en turno. Tenemos que curarnos de esta ilusión piramidal, hasta para hacernos más responsables de los minúsculos poderes que sí tenemos, en vez de pasarnos la vida esperando a que el siguiente mandamás haga buen uso de su gran poder. La salud nacional requiere esta "crítica de la pirámide", recomendada por Octavio Paz en *Posdata*, que disuelva nuestros ídolos milagrosos, como lo hace Cosío Villegas. Tenemos que aprender a respetar la palabra y las instituciones más que el poder de las personas que las usan. Tenemos que aprender a respetarnos a nosotros mismos más que al Señor del Gran Poder. □

La vida literaria

Director: Marco Antonio Montes de Oca.

Redacción: Manuel Mejía Valera, Dionicio Morales.

Carlos Pellicer / poemas. Williams Carlos Williams / *Kora en el infierno*. Alberto Couste / *La pasión según san Telmo*. Augusto Strindberg / *El hombre porvenir*. Juan Acha / *La crítica del arte como descripción*. Gabriel Zaid / *Poema*. Arturo Azuela / *Un tal José Salomé*. José Luis Panero / *Un homenaje*. Vasile Nicolescu / *Poemas*. Beatriz Espejo. / entrevista a Camilio José Cela.

PROXIMOS NUMEROS

JUAN BENET: *Amor Vacui* /
RAMON XIRAU: *Poemas* /
DONALD KEENE: *Joha, poeta*

renga del siglo XVI / ULISES
CARRION: *El arte nuevo de
hacer libros.*